

ASET

7° Congreso Nacional de Estudios del Trabajo

Agosto 2005

**TRABAJADORES MIGRANTES: ENTRE LA CLASE Y LA ETNICIDAD.
POTENCIALIDAD DE SUS USOS EN LA INVESTIGACIÓN SOCIO-
ANTROPÓLOGICA**

Autoras:

Verónica Trpin. Magister en Antropología Social –CONICET / UNaM; Perú 238
Cipolletti (8324) Río Negro - Tel: 02994770760 vtrpin@ciudad.com.ar

Patricia Vargas. Magister en Sociología y Política - CAS / IDES; Virrey Arredondo
2405–12 B (1426) Capital - Tel: 01147818354; pvargas@vgcpatagonica.com.ar

Grupo temático 12: Identidad, cultura y formas de conciencia en el proceso de trabajo

Introducción

Según plantea Raymond Williams (2000), el desarrollo del concepto “clase” (class) en su sentido moderno toma fuerza a partir de fines del Siglo XVIII y se consolida durante el XIX, en el nuevo contexto de la Revolución Industrial y los conflictos políticos de las revoluciones Norteamericana y Francesa. Las diferencias sociales que hasta ese momento eran nombradas como “orden”, “rango”, o “grado”, vienen a ser reemplazadas por “clase” de la mano de una “creciente conciencia de que la posición social se construye en vez de ser heredada”. Ya en el siglo XIX se plantea la discusión central en torno al concepto: quienes usan “clase” como relación económica (proponiendo dos o tres clases fundamentales) y quienes la usan en un sentido descriptivo (media, alta y baja).

Se pueden establecer dos posturas básicas entre quienes entienden a la clase como relación. Por un lado, quienes enfatizan los elementos invariantes de la instancia

económica y definen la clase a partir del concepto de “modo de producción”. Clase, desde esta perspectiva, incluye a todos los que se encuentran objetivamente en dicha situación, ya sea detentando los medios de producción o vendiendo su fuerza de trabajo. Por otro, quienes focalizan en la formación social, donde por razones históricas se han desarrollado la conciencia de esta situación y la organización para enfrentarla. Por su parte, entre quienes hacen un uso al que podríamos denominar “sociológico” del concepto, predomina la idea de clase como estratificación, divididas en categorías (socio-profesionales, de consumo, por niveles de ingreso) cada vez más pequeñas.

Como podemos observar en las discusiones entabladas en la teoría social a lo largo del siglo XX, la clase se ha constituido en un concepto dominante para interpretar la desigualdad, con primacía por sobre otras manifestaciones, habiendo anulado de los análisis la posibilidad de observar la “convivencia” de relaciones sociales basadas en relaciones productivas o económicas con otras fundadas en términos nacionales, étnicos y de género. Este concepto movilizó así amplios debates y aplicaciones en el campo antropológico, sociológico e historiográfico que no abordaremos en este trabajo, pero que no podemos desconocer al recuperar los aportes que E. P. Thompson (1979, 1981, 1989, 1994)¹ realizó desde la historia al “desestructurar” la categoría de clase y usarla en diálogo con la cultura. Consideramos que este investigador británico, junto al antropólogo Paul Willis (1988, 1989, 1993)², abren la posibilidad de pensar la categoría clase por condiciones materiales de existencia y experiencia, y observar las

¹ E. P. Thompson junto a Pierre Bourdieu y Anthony Giddens pueden considerarse movilizados de una visión constructivista de la teoría social. Desde la década del '70 estos teóricos, a pesar de sus diferentes procedencias teóricas y disciplinares, marcaron una tradición al sostener una abierta crítica a las visiones estructuralistas y deterministas de la acción social. Aunque con matices, coincidieron en observar la realidad social en términos de construcciones históricas y cotidianas por parte de actores reproducidos, transformados o desechados en la práctica. De este modo pusieron fin a los largos debates teóricos, donde las visiones macro y micro eran inabordables en relación, donde la estructura definía la acción o las acciones eran sólo resultado de prácticas instrumentales y desde los cuales el idealismo y el objetivismo eran irreconciliables.

² Willis se alinea dentro de la teoría crítica en educación desarrollada desde los '80. Su gran aporte fue describir la creación y producción cultural a través de la cual los jóvenes -futuros obreros- manipulan materiales culturales existentes, asignándoles nuevos significados. En efecto, la transmisión cultural no garantiza una reproducción mecánica de los lugares de clase; en los espacios que se generan en la escuela pueden observarse tensiones entre lo nuevo que se produce y lo dominante que se reproduce

desigualdades sociales y de poder sustentadas en relaciones de producción en su complejidad con relaciones étnicas y nacionales³.

El campo de la antropología se ha aproximado a este núcleo problemático a través de la denominada “teoría de las vinculaciones mutuas” desde la cual raza, clase y género” son entendidos como “sistemas conjugados de creencias sobre la identidad y la desigualdad en las sociedades modernas. El meollo del planteo es que estos tres clivajes no podrían ni ser analizados por separado, ni su influencia ser predicha independientemente” (Briones: 1998: 39). En este sentido deben reconocerse los aportes de investigaciones que vinculan antagonismo étnico y disputas en el mercado de trabajo (Fenton, 1999; Wallman, 1979, Bourgois, 1989) y aquellas que permiten pensar cómo la construcción de las identidades de trabajadores no reproduce una pertenencia original (esencializada, inmanentizada), sino que dialoga con nuevos contextos y en nuevas condiciones, en las que la historicidad y la materialidad de las adscripciones cobran relevancia (Briones, 1998; Grimson, 1999; Vidal, 2000; Escolar, 2001; Giorgis, 2004).

Estas perspectivas nos han permitido abordar una preocupación compartida: la reproducción de relaciones de subalteridad a la vez que la consideración de canales y estrategias de potencial movilidad social y espacios de autonomía relativa, en términos nacionales y de clase, entre trabajadores limítrofes insertos como asalariados en espacios urbanos y rurales de la Argentina.

Haber realizado trabajo de campo antropológico en los últimos años en nuestro país, junto a trabajadores manuales originarios de países limítrofes insertos en actividades productivas en ámbitos rurales y urbanos, llevó a preguntarnos qué lugar cobra la adscripción nacional de los migrantes y su descendencia cuando es referida casi inexorablemente a un lugar en la estructura social, a una clase social y a una ocupación o cuando se vincula dialécticamente lo etno-nacional con posiciones de dominación y subalternidad en términos económicos y de poder. Es por ello que en este trabajo pretendemos explorar el sentido del uso de “clase” y sus matices a través de los autores señalados de modo de articular sus aportes con el concepto de etnicidad, con particular

³ Esta perspectiva fue blanco de duras críticas por parte de otros científicos sociales y también movilizadoras de nuevas investigaciones que franquearon los campos disciplinares. En el caso de Thompson, las controversias que suscitó se ven reflejadas en el largo debate que entabló con Perry Anderson en el marco de la History Workshop.

énfasis en la revisión de nuestras propias investigaciones. Pondremos especial atención en el sentido nativo de experimentar la clase y qué podría significar esto para los protagonistas en cada uno de los casos analizados.

Clase y cultura

La perspectiva historiográfica de E. P. Thompson sobre el concepto de clase, según nos explica Meiksins Wood, “presupone que las relaciones de producción distribuyen a la gente en *situaciones* de clase, que estas situaciones llevan consigo antagonismos objetivos esenciales y conflictos de intereses, y que por consiguiente crean condiciones de lucha. Las *formaciones* de clase y el descubrimiento de la conciencia de clase surgen del proceso de la lucha, a medida que la gente ‘experimenta’ y ‘maneja’ sus situaciones de clase”.

Esta forma de encarar la cuestión de la clase como “proceso activo y como relación histórica (...) que debe observarse durante cierto tiempo en tanto patrón de relaciones sociales, instituciones y valores” (Meiksins Wood, 1984: 55) representa un esfuerzo de una de las vertientes contemporáneas del marxismo por alejarse del determinismo a la vez que acercarse a la vivencia de la clase como construcción material y simbólica contextualizada. En palabras del autor: “La experiencia de clase está ampliamente determinada por las relaciones de producción en las que los hombres nacen, o en las que entran de manera involuntaria. La conciencia de clase es la forma en que se expresan estas experiencias en términos culturales: encarnadas en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales” (Thompson, 1989)

Podemos afirmar entonces que este autor coloca el acento en la resignificación que hace la gente de su experiencia (de clase), a través de la costumbre y la cultura: “En cuanto a la experiencia, es un término medio necesario entre el ser social y la conciencia social (...) es por medio de la experiencia que el modo de producción ejerce una presión determinante sobre otras actividades (...) el proceso de formación de clase consiste en un hacerse a sí mismo, si bien bajo condiciones que vienen dadas” (Thompson, 1981). La categoría de experiencia devuelve a la producción de la cultura,

en el sentido de “producción de significado”, un papel activo aunque no desvinculado de las condiciones materiales.

Por su parte, el antropólogo Paul Willis desde una postura cercana a Thompson, analiza la constitución y reproducción de las clases considerando la idea de producción cultural para observar “el uso creativo de los discursos, los significados, los materiales, las prácticas y los procesos de grupo, para explorar, comprender y ocupar creativamente posiciones particulares en los conjuntos de posibilidades materiales que se hallan disponibles” (1993: 449). Willis, considera que en los espacios de producción no aparece el trabajo en abstracto, sino “con cuerpo vivos y concretos, dotados de sexo, edad, género y raza” (Ibid: 437), creadores de cultura.

Para este autor, el hecho de que su trabajo se haya centrado en la dominación de clase, no invalida la posibilidad de pensar la producción cultural en otras formas de dominación como podrían ser las relaciones de imposición de las identidades étnico-nacional: “La producción cultural no significa el establecimiento de los contornos de las categorías formales esbozadas por los teóricos, sino que viene dada por las combinaciones de estos elementos en los proyectos, en las decisiones y en los cambios de la vida colectiva que se dan en la realidad” (Ibid: 453).

De esta manera, estos teóricos desestructuran la noción de clase social y enfatizan el sentido de la práctica según la sienten y la conciben los actores sociales. Es así que tanto Thompson como Willis se distancian de aquellas posturas estructuralistas e incluso reproductivas que contemplan a la clase trabajadora supeditada a las condiciones materiales y completamente interpelada por el capital, sin atender formas de identidad y penetraciones culturales en terrenos concretos y particulares.

Es por ello que resulta fértil el aporte de estos autores a la comprensión de la reproducción de grupos migrantes que se autoadscriben en términos étnico-nacionales como forma de inserción laboral, como manera de reproducirse como clase, cuestionando desde sus prácticas el ímpetu integrador del discurso estatocéntrico que suprime las diferencias desde la identidad nacional totalizadora e igualitaria. El anhelo de los pensadores de la modernidad de que “la nación se constituye en un hecho fundamental a cuyo interés el individuo debe subordinarse y ante el cual deben

desaparecer los intereses de grupo” (Vilar, 1980: 173) y donde “los límites étnicos no deben contraponerse a los políticos” (Gellner, 1991: 14) sigue pulseando por constituir una “comunidad imaginada” argentina (Anderson, 2000). Sin embargo, la utopía de una homogeneidad buscada, como observamos en nuestras investigaciones, nunca anula otras diferencias sociales como las diferencias de clase y las diferencias étnicas; más bien las revela y pone de manifiesto.

Clase e identidad étnico-nacional: encuentros posibles en el mercado laboral

La complejidad que encierran fenómenos como la migración en la Argentina y la visibilización de grupos y de inscripciones sociales de diferencias que remiten a la raza y/o diferencias de cultura como las identidades étnico-nacionales, requieren de un abordaje que combine diferentes aspectos de la construcción de alteridades, más aún, considerando la doble pertenencia que expresan familias de origen limítrofe en su condición de migrantes y trabajadores.

Para Briones (1998), el énfasis de algunos autores en las “divisiones en la naturaleza” o en las “divisiones en la cultura”, no debe sesgar la comprensión de que las categorizaciones sociales se van entretejiendo según el contexto en el que se manifiesten, es por ello que los antropólogos, “más que estar pendientes de las palabras que se usan, debemos prestar atención al tipo de marcas con que la alteridad de ciertos grupos se van inscribiendo. Ello presupone no sólo admitir la mutabilidad histórica de los criterios de alteridad⁴, sino estar alertas a su combinatoria en prácticas de marcación y auto-marcación” (Ibid: 43).

Una vía por la cual se expresa este sentido práctico de marcación de alteridades es precisamente el proceso de construcción de identidades, las cuales supuestamente quedarían solapadas por la definitiva consolidación de los Estados Nacionales (aún en los casos de procesos post-coloniales). La incorporación de la raza, el género, la etnicidad y la clase, en tanto categorías que deben dejar de suprimirse o excluirse mutuamente, vienen siendo recuperadas en la discusión antropológica a través de la

⁴ Claudia Briones enfatiza la importancia de recuperar en los análisis sobre *alteridades*, la materialidad y la historicidad de la etnicidad, en tanto necesario paso teórico de desencializar la etnicidad, considerando “cómo opera un clivaje que fija condiciones de existencia diferenciales para los sujetos desagregados en uno y otro lado de la divisoria étnica” (1998:106).

“teoría de las vinculaciones mutuas”⁵, que se preocupa por vincular estas divisiones como sistemas combinados que definen identidades y relaciones de desigualdad enmarcados históricamente. Precisamente en este marco las categorías señaladas no se conciben como categorías *per se*, sino como punto de partida para rastrear “la mutabilidad de las estructuras ideológicas de dominación que se construyen a partir de estas distinciones” (Ibid: 41).

Específicamente en el caso de la etnicidad, podemos pensarla como procesos de reconocimiento de diferencias significativas entre *nosotros* y *ellos*, que pueden expresarse grupalmente (entre muchas posibilidades) como adscripción nacional que organiza las relaciones sociales, e individualmente como minuciosas diferencias de conducta que organizan la experiencia (Sandra Wallman: 1979). Esta idea adquiere relevancia al momento de analizar nuestros casos, en tanto encontramos cómo diferentes rubros laborales performan las relaciones étnico-nacionales a la vez que son performados por ellas (y no se agotan como sería esperable de manera exclusiva en los términos económicos de intercambio e identificación). A la vez, se pone en juego todo un sistema clasificatorio que relaciona dialéctica y contextualmente contrapuntos como nativo – extranjero; rural – urbano; porteño – provinciano al mismo tiempo que un uso pragmático que por momentos congela, esencializa, reifica estas mismas identidades, asumiendo correspondencias entre lo etno-nacional y determinadas características morales y de conducta, fundamentalmente en virtud de los procesos de demarcación de límites intergrupales y de las estrategias de expresión y negociación de conflictos.

Es así como, dependiendo de las percepciones de los actores, y los constreñimientos y oportunidades del contexto en el cual ellos actúan, la etnicidad puede ser un recurso positivo, negativo o resultar indiferente y revestir sentidos diversos según el momento y los involucrados: “los grupos étnicos son categorías de adscripción e identificación que son utilizadas por los actores mismos y tienen, por tanto, la característica de organizar interacción entre los individuos” (Barth, 1969).

⁵ Son varios los autores que enfatizan la necesidad actual de apelar a la complementariedad de clase, raza y género. Para Harrison la raza es siempre vivida como clase y como género: el color continúa significando para los Afro-Caribeños, por ejemplo, la medida de sus posibilidades de progreso. El matrimonio puede ser un campo donde el color define alianzas inter o intra clases. Es así como recuperar la categoría de raza debe permitir vincular las relaciones materiales con los discursos y prácticas sociales que perpetúan relaciones de poder sustentadas en diferencias naturales.

La consideración de las etnicidad no como rasgos esenciales, sino en términos de construcciones contextuales, permite el análisis de los procesos de constitución de grupos que logran combinar continuidad y transformación, influidos por cambios en los ordenamientos sociopolíticos que definen cambiantes interpelaciones e interlocutores. En este sentido, recobra relevancia por la forma en que puede vincularse con diferentes desigualdades sociales, tal como la clase social en el caso que nos ocupa, a través de lo que podemos denominar como “etnificación de la fuerza de trabajo”.

Fenton & Bradley (2002), en su esfuerzo por reintegrar el estudio de los campos económico y cultural, plantean una teoría variable de contextos específicos basada en la idea de que, aunque la estructura del sistema social forma contextos de acción que las personas no pueden elegir, sí pueden (de algún modo) “elegir” cómo actuar en esos contextos. Según estos autores, un escenario posible en la relación etnicidad – clase, lo constituye la especialización étnica en un nicho ocupacional: gente de un origen étnico particular es reclutada y empleada para realizar determinadas ocupaciones. Estos nichos constituyen para el migrante una oportunidad de empleo, le proveen cierto grado de seguridad con base en la solidaridad étnica, y pueden constituirse en vehículo de movilidad social. En este escenario las personas se constituyen como agentes centrales en la construcción de economías y enclaves étnicos. Un segundo escenario posible se vincula con la marginalización étnica, cuando algunos grupos son confinados a ocupar los peores lugares ocupacionales y de jerarquía social (underclass), con base en estereotipos y prejuicios etno-nacionales⁶.

En términos de tinte más estructuralista podemos asimilar estos escenarios a la descripción de segmentación étnica vertical (donde dueños, patrones y trabajadores pertenecen y adscriben a la misma identidad etno-nacional) y horizontal (donde dueños y patrones coinciden con los nativos del país receptor y trabajadores y subalternos coinciden con los inmigrantes) del mercado de trabajo, respectivamente. De la combinatoria de todos los elementos hasta aquí señalados, obtendremos herramientas para comprender los procesos de etnificación de la estructura de clases, donde la distinción del migrante es marcada tanto culturalmente como por su posición específica

⁶ El tercer escenario de “integración étnica” lo plantean a modo de proposición deseable más que en términos de escenario actual.

en la estructura de clases, la cual puede reproducirse intergeneracionalmente a través de la división étnica.

Etnificación de la fuerza de trabajo en ámbitos rurales y urbanos de la Argentina

¿Cómo significan los propios actores su situación laboral y su condición de migrantes? Esta fue la pregunta que guió nuestros trabajos y que permitió dejar de observar a nuestros “objetos de estudio” sólo como sujetos económicos en relaciones laborales, sino como portadores de una identidad en la que se debate la pertenencia de clase y la adscripción étnico-nacional.

El trabajo de campo prolongado realizado en obras de la construcción en Capital Federal y en chacras destinadas a la fruticultura en el Alto Valle de Río Negro, sostuvo no sólo nuestras preguntas de investigación, sino, por sobre todo, la revisión de nuestro “disciplinamiento teórico” desde el cual organizamos lo que vemos y oímos en el campo. Atender las relaciones de clase que involucran a los trabajadores en los contextos abordados debía considerar no sólo el análisis de las “evidencias materiales” sino también los propios sentidos que los trabajadores le otorgan a las relaciones que establecen con una diversidad de actores sociales, relaciones que son traducidas por ellos mismos como antagonismos de clase y de procedencia nacional, a la vez que como estrategias de reproducción cotidiana y de movilidad social potencial.

Con base en la investigación realizada por Verónica Trpin en el paraje rural Contralmirante Guerrico, ubicado en el noroeste de la provincia de Río Negro⁷, podemos sostener que los descendientes de chilenos -chicos de entre 10 y 15 años- nacidos en Argentina que trabajan junto a sus familias en la fruticultura, ostentan la nacionalidad de sus padres, pese a las habituales connotaciones peyorativas que posee el término “chileno” en la patagonia argentina. La conclusión es que la identidad social co-producta por estos chicos en una escuela rural y en sus ámbitos de socialización familiar está articulada con las relaciones sociales específicamente productivas. Es

⁷ La zona conocida como Alto Valle de Río Negro, se caracteriza desde principios del siglo XX por la producción intensiva de manzanas y peras, y en menor medida fruta de carozo y vid, en predios de entre 5 y 10 hectáreas llamadas chacras. El acceso a la propiedad a estado limitado a migrantes de origen europeo como españoles e italiano, delineándose una división del trabajo en la que los chacareros “son blancos y europeos”, mientras que la mano de obra es chilena.

decir, los hijos de chilenos son reconocidos y se reconocen a sí mismos como chilenos porque a través de dicha adscripción se reproducen como clase, como trabajadores frutícolas en el seno de familias insertas en esa rama de la producción (Trpin, 2004).

En una primera parte de la investigación llamó la atención que los relatos en torno a sus historias familiares que los hijos de los migrantes chilenos transmitían a la investigadora, enfatizaban dos hechos centrales de la historia política de Chile: el gobierno de Salvador Allende y el golpe de estado encabezado por Augusto Pinochet⁸. ¿Por qué era significativo para estos chicos argentinos pero “un poco chilenos” según las maestras, contar con detalles sobre esos hechos políticos de Chile? ¿Qué relación tenían estos hechos con la construcción de la identidad de argentinos descendientes de chilenos en una escuela?

Intentar desmenuzar los sentidos que los propios sujetos les otorgan a sus prácticas y relatos dentro de una institución como la escuela, sólo era posible observando al espacio escolar como un espacio de encuentro cultural en el que circulan, con desigual nivel de autoridad y legitimidad, relatos sobre el pasado de las familias de los alumnos y del mundo local, en los que “ser chileno” se tornaba un rasgo que no denigraba, sino que reafirmaba un vínculo familiar, laboral y vecinal desde la transmisión de un pasado común

En los relatos de vida de los demás integrantes de las familias de migrantes, registrados en un segundo momento del trabajo de campo, Allende y Pinochet volvían a aparecer como parte del pasado familiar. Los relatos del pasado debían dejar de ser pensados como parte de las historias de las familias de migrantes “aisladas” y comenzar a ser reconocidos y analizarlos como parte de grupos sociales asentados en el Alto Valle, que transmiten a sus descendientes fragmentos de una historia nacional situada en Chile pero resignificada desde su presente.

Estos relatos debían comprenderse como historias de trabajadores que protagonizaron los gobiernos de Allende y de Pinochet. Hablar sobre estos hechos era

⁸ “El socialista Salvador Allende, fue elegido presidente en 1970, su gobierno fue desestabilizado y, en 1973, derrotado por un golpe militar (...) que trajo a Chile ejecuciones y matanzas, grupos represivos oficiales y paraoficiales, tortura sistemática de prisioneros y exilio en masa de los opositores políticos. Su caudillo militar, el general Pinochet, se mantuvo como máximo dirigente durante diecisiete años” (Hobsbawm, 1996: 441).

hablar sobre un proceso que provocó cambios en sus vidas, tanto en el plano material como cultural. Fue un proceso que los involucró como clase. Los chicos argentinos participan en la construcción de una adscripción étnica-nacional que no se condice con su lugar de nacimiento a la vez que refuerzan una histórica filiación entre ser trabajador rural y chileno en la zona del Alto Valle.

Pero, ¿qué significaba para ellos ser trabajador y chilenos? ¿Podía sostenerse una conclusión en la que se definiera un sentido de pertenencia como clase social?

Poder establecer un diálogo entre las preguntas que suscitaba el campo, las evidencias de las observaciones y las opciones teóricas fue un camino de avances y retrocesos. Retomar a Edward Thompson para definir a estas familias de trabajadores como pertenecientes a una clase social y realizar un cruce conceptual y epistemológico posibilitado por el acercamiento a diferentes núcleos de debate, permitió que la idea de clase cobrara dimensiones alejadas del determinismo económico. Las familias de migrantes chilenas trabajadoras de la fruticultura no sólo eran una clase por su condición de asalariadas y por su inserción en relaciones productivas en las que entablaban vínculos desiguales con un patrón, sino también por ser hombres y mujeres históricos, activos y conscientes de las continuidades y modificaciones que experimentan en sus acciones cotidianas. Algunas familias también construyen como clase una cultura que permite mantener a sus descendientes como parte de “lo chileno” frente a lo nacional argentino promovido desde la escuela; incluso organizan sus propios asentamientos de viviendas, las calles ciegas, con la convicción de que “no nos gustaba tener que vivir con el patrón”. Allende y Pinochet circulan allí, entre adultos y chicos argentinos, como parte de esta cultura.

El “stock” de experiencias transmitidas y hechas “habitus” movilizan prácticas colectivas: los migrantes y sus descendientes relatan historias de Allende y Pinochet, algunas familias optan por no vivir con su patrón sino conformar sus propios espacios de residencia, los chicos argentinos se identifican con lo chileno dentro de la escuela, algunos trabajadores efectivos guardan un puesto laboral en la chacra a los trabajadores temporarios, los 18 de septiembre (fiesta patria chilena) se reúnen a bailar cuecas y comer empanadas “chilenas”.

La interacción entre las generaciones -en el sentido presentado por Ricoeur (1996)- en los espacios de producción, residencia y recreación, la cooperación y su reconocimiento como parte de un colectivo con el que comparten intereses, un pasado, una inserción productiva, posibilitan un sentido de pertenencia que sólo es garantizado por la socialización familiar, frente a una escuela que la “vigila” permanente ante el temor de “que salgan con alguna chilenada”.

Sin embargo, la construcción de una identidad familiar se modifica permanentemente en un contexto en el que se negocia con los agentes estatales la permanencia en un espacio “ilegal” como las calles ciegas, ante el patrón para solicitar mejoras o un lugar para la huerta o el gallinero, ante la maestra que no escucha las “otras historias” de pobladores del paraje, ante migrantes tucumanos que “quitan” trabajo. La identidad debe pensarse así en términos contextuales y no como propiedad *per se* de los grupos.

En el caso de la industria de la construcción en Buenos Aires analizado por Patricia Vargas (2004), también podemos señalar un proceso de etnificación de la fuerza de trabajo, pero con las connotaciones específicas que le imprime la organización del trabajo en el rubro. Por tratarse de una actividad que requiere de una realización por grupos organizados según oficios, la etnicidad (expresada en términos de adscripción nacional) opera como recurso para conseguir trabajo, aprender y especializarse en alguna de las actividades involucradas: albañilería, colocación de cerámicas, carpintería del hormigón, armadores del hormigón, pintores, etc. Al igual que en el caso investigado por Trpin, el proceso de socialización se realiza en el trabajo y los adolescentes aprenden un oficio tanto como construyen una identidad etno-nacional en el contexto laboral, y eventualmente reproducen intergeneracionalmente una situación de clase.

Sin embargo, en este caso no se puede afirmar la existencia de una relación lineal entre una determinada adscripción etno-nacional y un tipo de oficio, aunque sí podemos observar claramente cómo cada grupo de trabajadores especializado en un oficio y organizados por un contratista, se adscriben mayormente como trabajadores de

un determinado origen etno-nacional⁹. Así podemos encontrar, por ejemplo, a los “paraguayos del hormigón” o los “bolivianos de la colocación”. En este sentido, más que segmentación horizontal del mercado de trabajo y etnificación de clase, debemos afirmar la existencia de etnificación vertical por oficios en la industria de la construcción, como una relación construida por las personas en función de la estructuración laboral que el rubro mismo performa. Al mismo tiempo este tipo de enclave de actividad es percibido como un canal para *progresar*, en términos de los mismos trabajadores: *la construcción no es para morir de ayudante*.

En lo que refiere a la idea de marginalización o segmentación horizontal del mercado de trabajo en detrimento de los extranjeros, podemos afirmar que los argentinos ocupan dos tipos de espacio ocupacional en la industria de la construcción: uno similar al ocupado por los migrantes, en tanto conforman uno más de estos grupos por oficio, por ejemplo, como albañiles o como pintores en la obra. Y otro diferente, en tanto son argentinos los dueños y el personal jerárquico de las pequeñas empresas analizadas. Esta doble posición compartida por argentinos y migrantes, en tanto asalariados y contratistas o dueños de empresa, abre la interpretación hacia un terreno que no nos permite afirmar que la segmentación ocupacional propone el peor lugar para los migrantes por su condición de tales. Más aún, debemos incorporar en esta relación no sólo a los dueños de las empresas (argentinos) sino a los contratistas mismos (del origen etno-nacional que sea) que obtienen su ganancia (o extraen la plusvalía) en el marco de lo que en términos marxistas podríamos encuadrar como explotación de clase. En este punto etnicidad y clase dibujan un entramado de intersecciones de solidaridad etno-nacional y lealtades, poder y explotación, aprendizaje y movilidad social, reproducción intergeneracional y social, que le imprime al campo matices de complejidad que debemos atender de manera simultánea y no excluyente.

⁹ “Boliviano”, “argentino” y “paraguayo”, son gentilicios que en términos estatales estarían denotando el haber nacido en un país, pero en términos de adscripción se trata de una construcción producida contextual y relacionalmente: es así como el colocador “boliviano” Oscar Rodríguez, al ser interrogado por la investigadora (desde su propio prejuicio estadocéntrico) en qué parte de Bolivia había nacido, respondió que había nacido en Jujuy y que no conocía Bolivia. Para estos trabajadores, “nacionalidad” era mucho más que la procedencia señalada en un documento; significaba también construir una identidad social.

Pero ¿cómo es concebida esta tensión entre etnicidad y clase por los trabajadores mismos en su relación con el contratista con quien comparte su adscripción etno-nacional? En el mismo sentido en que Thompson muestra el proceso de formación de clase enraizado en la costumbre y los procesos de expresión de las clases por vías diversas (no unívocamente luchas políticas), podemos mostrar ambivalencias en lo que podríamos interpretar como experiencia de clase entre los trabajadores de la industria de la construcción. Hallaremos cotidianamente resistencias en el uso del tiempo de trabajo, el ausentismo típico de los días lunes, la denuncia en las paredes de la obra a través de los dibujos de caricaturas que muestran situaciones de conflicto interétnicas y de clase, las ironías, interrupciones, juicios y huelgas.

La complejidad del interjuego etnicidad – clase se produce cuando observamos que un trabajador reclama o amenaza con un juicio, o hace un juicio, a sus “paisanos”. Ese es el punto donde lo etno-nacional deja de jugar el papel prioritario como garante de lealtad o de fidelidad y se desplaza hacia la clase (entendida en términos nativos como la relación entre contratista – trabajador, dueño – empleado). Es por esto que los contratistas no toman personas de otras nacionalidades diferentes a la propia, a la vez que (los migrantes) consideran que “el argentino te busca la vueltita”, “fuma, pierde tiempo, no labura”, “te hace juicio”. El “argentino” es en general quien se percibe a sí mismo como más legitimado para reclamar a la vez que menos enredado en relaciones de confianza y lealtad con base en la adscripción etno-nacional.

A su vez, los trabajadores comparten un sentimiento de que el contratista les “roba” (lo que les pertenece). Sin embargo, nuevamente hallamos en el mismo proceso un carácter ambivalente y contradictorio, ya que, al ser los oficios espacios donde los miembros de una adscripción etno-nacional ocupan todas las posiciones ocupacionales posibles (ayudantes, medio oficiales, oficiales) así como los lugares de organización y control, como capataces, todos organizados por un contratista connacional, la industria de la construcción se construye como un rubro de movilidad potencial para sus miembros. En este contexto, la clase es experimentada también como un canal para “progresar” y donde los logros dependen de la voluntad, el mérito y el esfuerzo individual (y no de la lucha política). La percepción entre los trabajadores de que “la

construcción no es para morir de ayudante” consolida esta compleja combinación entre etnicidad y clase que caracteriza este espacio laboral.

Las definiciones de pertenencia se proyectan así en una dinámica de relaciones sociales en las que se ven involucradas las familias migrantes en la construcción y en las chacras y una diversidad de actores sociales diferentes cultural y socialmente. Es por ello que, para continuar con el análisis de estos grupos, es necesario percibir cómo las relaciones sociales siempre implican diferenciaciones en la identidad y praxis de los agentes” (Cohen, 1995: 388), porque, como escribe Thompson “las determinaciones objetivas no se superponen a un material desnudo y en blanco sino a seres *históricos* activos y conscientes” (Wood, 1984:54). Por ello ser chilenos, paraguayo o boliviano a pesar de haber nacidos argentinos, puede manifestarse de diferentes maneras en las chacras, las en las calles ciegas y más aún, en los barrios de las ciudades.

Reconstruir los procesos sociales experimentados en términos de clase y etnicidad abre la puerta a la reconstrucción de la totalidad social en dos sentidos: el que posee para los sujetos y el que le imprime el propio investigador a través del proceso de interpretación que es la investigación social. En el caso de la antropología, el enfoque etnográfico propone precisamente “elaborar una representación coherente de lo que piensan y dicen los nativos, de modo que esa descripción no es ni el mundo de los nativos, ni cómo es el mundo para ellos, sino una conclusión interpretativa que elabora el investigador (...) (producto) de la articulación entre la elaboración teórica del investigador y su contacto prolongado con los nativos” (Guber, 2001:15). Consideramos que, recuperar la reflexión que nos propone el marxismo, y en particular, repensar las relaciones sociales en términos de etnicidad y clase, enriquece esta mirada interpretativa y posibilita una comprensión más profunda y compleja del capitalismo global en el cual vivimos y producimos ciencia social hoy.

Bibliografía

ANDERSON, Benedict. (2000): *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

BARTH, Fredrik (1969): *Los grupos étnicos y sus fronteras*, México, Fondo de Cultura Económica.

BOURGOIS, Philippe (1989): *Ethnicity at Work: Divided Labor on a Central American Banana Plantation*, Baltimore & London, The Johns Hopkins University Press.

BRIONES, Claudia (1998): *La alteridad del "Cuarto Mundo". Una deconstrucción antropológica de la diferencia*. Buenos Aires, Ediciones del Sol.

COHEN, I.(1995). "Teoría de la estructuración y praxis social". En: Giddens y otros. *La teoría social hoy*, Buenos Aires, Alianza.

ESCOLAR, Diego (2001): "Subjetividad y estatalidad: usos del pasado y pertenencias indígenas en Calingasta". En: S. BANDIERI (coord.), *Cruzando la Cordillera. La frontera argentino-chilena como espacio social*, Neuquen, Educo.

FENTON, S. (1999): *Ethnicity, racism, class and culture*. London: Macmillan.

FENTON, Steve & Harriet BRADLEY (2002): "Ethnicity, Economy and Class: Towards the Middle Ground" en *Ethnicity and Economy. 'Race and Class' Revisited*. Edited by Fenton & Bradley. Palgrave Macmillan. USA.

GIORGIS, Marta (2004): *La Virgen prestamista CAS/IDES*. Serie Etnográfica. Buenos Aires, Editorial Antropofagia.

GRIMSON, Alejandro (1999): *Relatos de la diferencia y la igualdad. Los bolivianos en Buenos Aires*. Buenos Aires, Eudeba.

GUBER, Rosana (2001): *La etnografía. Método, campo y reflexividad*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.

HOBBSAWM, E. (1996): *Historia del siglo XX*. Barcelona, Crítica.

MEIKSINS WOOD, Ellen (1984): "El concepto de clase en E.P. Thompson" en *Cuadernos Políticos* (México D.F.) N°36, Abril – Junio.

RICOEUR, Paul. (1996): *Tiempo y narración*. Tomo III. Madrid, Siglo Veintiuno.

THOMPSON, E. P. (1979): *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Barcelona., Editorial Crítica. Grupo Editorial Grijalbo.

THOMPSON, E. P. (1981): *Miseria de la Teoría*. Barcelona, Editorial Crítica. Grupo Editorial Grijalbo.

THOMPSON, E. P. (1989): *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona, Editorial Crítica. Grupo Editorial Grijalbo.

THOMPSON, E. P. (1994): *Historia social y antropología*. México, Instituto Mora.

TRPIN, Verónica (2004): *Aprender a ser chilenos. Identidad, trabajo y residencia de migrantes en el Alto Valle de Río Negro*. CAS/IDES. Serie Etnográfica. Buenos Aires, Editorial Antropofagia.

VARGAS, Patricia (2004): “*La construcción no es para morir de ayudante*”. *Un estudio etnográfico sobre los trabajadores bolivianos, paraguayos y argentinos de la industria de la construcción en Buenos Aires*. Tesis de Maestría FLACSO – UNSJ.

VIDAL, Hernán (2000): “La frontera después del ajuste. De la producción de soberanía a la producción de ciudadanía en Río Turbio”. En: A. GRIMSON (comp.) *Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro*. Buenos Aires, Ediciones CICCUS-La Crujía.

WALLMAN, Sandra (1979): *Ethnicity at Work*, London, The Macmillan Press LTD.

WILLIAMS, Raymond (2000): *Palabras Clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*. Originally published in English: 1976. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.

WILLIS, Paul. (1988): *Aprendiendo a trabajar. Cómo los chicos de clase obrera consiguen trabajos de clase obrera*. Madrid, AKAL.

WILLIS, Paul. (1989): “Producción cultural y teorías de la reproducción”. En: AAVV *Selección de textos sobre la reproducción social, económica y cultural*, vol. 2. Montevideo: Universidad de la República-Facultad de Humanidades y Ciencias.

WILLIS, Paul (1993): “Producción cultural no es lo mismo que reproducción cultural, que a su vez no es lo mismo que reproducción social, que tampoco es lo mismo

que reproducción” en VELASCO LAILLO , Honorio y otros (editores) *Lecturas de antropología para educadores*, Madrid, Trotta.